

Aranguren, Javier: *El lugar del hombre en el Universo. 'Anima forma corporis' en el pensamiento de Santo Tomás de Aquino*, Eunsa, Pamplona, 1997, 218 págs.

El concepto de *alma* o mejor, *alma espiritual* como *forma* es la clave en el pensamiento de Tomás de Aquino que da la solución al problema de cómo conceptuar la unidad corpóreo-espiritual humana sin dualismos ni renunciaciones, o, en otros términos “la pregunta última (o metafísica) acerca de la posibilidad (y modo) de la unión de un alma espiritual a un cuerpo” (p. 6). El autor defiende que la respuesta tomista no sólo es la más acertada especulativamente, sino que es “una postura mucho más acorde con la experiencia humana que cualquiera de las otras que [...] habitualmente se sostienen” (p. 4). De este modo, la posición del Aquinate resulta una solución de indudable interés puesto que permite acoger en una unidad sintética tanto las extensas consideraciones que acentuaban lo específico de la espiritualidad, racionalidad y diferencia humana respecto de lo mundano, como la reivindicación contemporánea del valor de lo corpóreo para el proyecto y configuración personal, sin renunciar a ninguno de los dos aspectos.

Para exponer adecuadamente la teoría de Tomás de Aquino sobre el tema (*anima forma corporis*), Aranguren comienza presentando en una primera parte aquellas dos formas inadecuadas de afrontar el problema: la *platónica* que, concisamente, defiende que el ser humano es esencialmente su alma (un alma «caída» o «encerrada» en un cuerpo del que se sirve –instrumental y accidentalmente–, pero que no lo «es» sustancialmente; pp. 13-39) y la *averoísta* que, comentando y continuando a Aristóteles (que es muy ambiguo en este punto), desvinculan lo que el hombre es de sus capacidades propiamente espirituales o intelectuales (éstas se encontrarían en una instancia externa: cfr. la teoría del intelecto «separado»; pp. 49-60). El autor va incorporando a la exposición las críticas y rectificaciones al platonismo y averroísmo, desde los propios textos del doctor Angélico. En particular, dedica especial atención a qué significa en el pensamiento aristotélico-tomista que el alma sea *forma* (pp. 73-87) como *forma sustancial* (a diferencia de las formas accidentales), *única* (y garante de la unidad del viviente), *principio* o *causa formal* del ser y consecuentemente del actuar del viviente humano.

La aportación propiamente tomista al respecto es la defensa de que el alma humana es una *sustancia incompleta*, que la relación *alma-hombre* no es “una relación de igualdad” sino de “subordi-

nación” (p. 107). Su separación (frente al averroísmo en su lectura de Aristóteles) es tan sólo *no tener órgano* (CG, II, c. 78). Esta tesis, que no podría ser defendida en el sistema conceptual aristotélico, resulta factible si se adopta el esquema *potencia-acto* que iluminó el Estagirita y aplicándolo en un nivel ontológico ulterior (en un plano diferente que el del planteamiento *hilemórfico* aristotélico, cfr. pp. 88-106, el de *essentia-esse*, cfr. pp. 189-206).

La exposición de la teoría tomista se articula en los dos capítulos finales (III y IV) atendiendo, primero, a la posibilidad (“razón suficiente”, pp. 8 y 107) para que se dé esa unidad corporeo-espiritual que es el hombre, comprendida como “el punto de encuentro de los dos mundos (espiritual y material) de que consta la creación” (p. 106), el eslabón necesario en una ordenación jerárquica y armónica del universo. Posteriormente mostrará el autor en qué consiste esa *unidad* del ser humano como poseedor de un alma *subsistente* sin ser sustancial, es decir, sin dejar por ello de ser forma del cuerpo.

En la presente obra puede verse, en algunos lugares, el rendimiento del tema planteado en otras cuestiones. Destaco especialmente el tema del *conocimiento humano* en la medida en que queda necesariamente implicado al preguntarse por el *modo de realidad* del alma espiritual humana y su *unión* con el cuerpo (la discusión sobre qué sea el intelecto humano y cuál su relación con los sentidos; cfr. p. 91 ss., 109 ss., 208 ss.), siempre entendiendo que el conocer, como operación inmaterial “es una actividad estrictamente espiritual” al mismo tiempo que se aclara que ese conocer sólo puede llevarse a cabo “por medio del cuerpo, a partir de la sensibilidad” (p. 103).

El alma humana, como afirma el prof. Aranguren, es, en resumen, “un espíritu en un cuerpo, y no como quien se encuentra encerrado en un lugar extraño, sino como quien está en su lugar natural, en su puesto propio” (p. 108), ahí encontramos la razón por la que el hombre se encuentra en el cosmos en una paradójica situación de familiaridad y extrañeza a la vez, como “horizonte y confín” del universo (p. 151), entre el mundo espiritual y el material; en el vértice entre tiempo y eternidad (p. 208).

Idoya Zorroza